

LLAMADAS A CRECER Y TRABAJAR EN COLABORACION CON OTROS

Por fin ha llegado el día de conocerlos, de tener mi primer contacto con ustedes y en fecha tan significativa como es el envío a otras tierras, a otras culturas, haciendo realidad el deseo que muy posiblemente traían dentro y que hoy se concretiza en una opción de servicio a los más pequeños.

Permítanme que hoy me dirija a ustedes como ciudadana del mundo, como Hija de Jesús que, junto con mis hermanas y con tantas personas que hacen camino con nosotras, comparte y participa de la misión universal de la Iglesia de “ ir a evangelizar, a llevar la Buena Noticia de Jesús a los pueblos más necesitados, como lo experimentó la M. Cándida y que hoy la Congregación continúa priorizando, a través de su acción evangelizadora, en fidelidad al legado espiritual que hemos recibido y con la conciencia de que este carisma es de la Iglesia.

Recientemente volvíamos a reafirmar que las Hijas de Jesús somos para ir... en unión con otros. Y en la Determinación de la CG XVII ha quedado plasmada esta interpelación del Espíritu que nos ha confirmado que necesitamos crecer en comunión con todos. Trabajar en colaboración y solidaridad con otros hace presente el Reino, enriquece la misión, amplía el horizonte y favorece la construcción de una sociedad inclusiva e integrada, 17

Es preciso reavivar la certeza de que la presencia de Dios acompaña las búsquedas sinceras que personas y grupos realizan para encontrar apoyo y sentido a sus vidas. Él vive en el corazón de todo hombre y mujer, promoviendo la solidaridad, la fraternidad, el deseo de bien, de verdad, de justicia. Y ustedes son parte de este grupo inquieto, que no quiere vivir la vida de cualquier manera y por eso deciden no ser indiferentes ante tanto dolor de la humanidad y ofrecer sus personas, parte de su tiempo, capacidades, preparación... para aliviar a quienes más sufren.

Al encontrarme frente a ustedes, me agolpan en el corazón muchos rostros que los están esperando, en los países donde van a ser enviados a colaborar en la misión, que por llamada personal han escuchado en su interior y han querido responder libremente para dar gratis lo que gratis han recibido: su fe, sus deseos de vivir en coherencia su compromiso cristiano, su bautismo, a través de gestos de amor, misericordia, ternura y compasión con los más pequeños de la tierra, su sensibilidad por la justicia, poniendo la mayor fuerza en obras concretas más que en palabras.

Y el llamado es a ser colaboradores con espíritu, evangelizadores que a la luz de la Palabra se dejen afectar, hasta sentir pasión y compasión por el pueblo que vive en el olvido, en contextos desorientados y a menudo dolorosos; por eso, hemos de pedir insistentemente que nos duela el mundo y se conmuevan nuestras entrañas ante los gritos desgarradores de la mayor parte de la humanidad: “He visto la opresión de mi pueblo en Egipto y he oído sus quejas”, dijo el Señor a Moisés (Ex 3,7) y hoy nos lo dice a cada uno de nosotros.

Asumir el reto de querer compartir la vida con los más pequeños es estar dispuestos a propiciar la mística del encuentro: La capacidad de escuchar, de escuchar a cada una de las personas y saber callar; capacidad de mirar, mirada contemplativa, la del Dios de la Vida; capacidad de acompañar, de estar al lado, de sentir a la gente, de saber esperar; la capacidad de aprender, de hacer camino con ellos, de respetar sus ritmos, sus procesos tan distintos a los nuestros; la capacidad de dejarse sorprender. Y al mismo tiempo, sentir el desafío de descubrir y transmitir la mística de vivir juntos, de mezclarnos, de encontrarnos, de acogernos, de apoyarnos, de dejarnos tocar por lo que la gente vive y sufre y dar espacio a que este encuentro se pueda convertir en una verdadera experiencia de fraternidad, en una vivencia solidaria, en una peregrinación interior, hasta llegar a sentir que aquello que vivo me va transformando por dentro. (cfr. Escrutad, 11, 13, 15) Es preciso

descubrir otra manera de acoger, otra sensibilidad. Ni mejor ni peor, distinta. Es ir dispuestos a dejarse humanizar y saborear el gusto del encuentro de corazones, desde lo frágil y pequeño, que logra el milagro de la conversión de nuestros propios corazones y nos sitúa en adelante ante la vida de otro modo. Estamos llamados a reconocer lo que es verdaderamente humano.

Siempre hace falta cultivar un espacio interior que dé sentido a la gran pregunta del Génesis “¿dónde está tu hermano?” y nos lleve a salir de nuestros egoísmos, a renunciar a las necesidades que nos hemos creado y a asumir como nuestras las carencias de los hermanos, dejándonos afectar por lo que la gente vive y sufre. Eso nos hará más parecidos a Jesús pobre y humilde, (cf. Det. CGXVII, 12), permitiendo que el Evangelio que anunciamos se traduzca en buena noticia para los pobres y no pierda autenticidad y credibilidad, porque es ahí donde se evidencia la credibilidad de su servicio como voluntarios: en su opción radical por las personas empobrecidas. No olvidemos que el servicio privilegiado a los pobres está en el corazón del Evangelio y de ahí brotará el deseo de un mayor compromiso.

La espiritualidad que anima a quienes deciden compartir su tiempo, su vida con los más necesitados es una espiritualidad trinitaria que hunde sus raíces en la entraña de nuestro Dios, una espiritualidad encarnada y de ojos y oídos abiertos a los pobres, una espiritualidad de la ternura y de la gracia, una espiritualidad contemplativa, transformadora, pascual.

En la reciente Asamblea plenaria de la Conferencia Episcopal Española nos recuerdan que el Espíritu nos llama a moldear el servicio de la caridad según el sentir de la Iglesia. La caridad «se ocupa de la construcción de la ciudad del ser humano» y se promueve fundamentalmente con relaciones de gratuidad, de misericordia y de comunión. Los nuevos caminos de fe brotan hoy en lugares humildes, en el signo de una Palabra que si se escucha y se vive lleva a la redención. Y se nos llama a crear entre todos un estilo de obras y de presencias pequeñas y humildes como el evangélico *grano* de mostaza (cf. Mt 13,31-32), en el que brille sin fronteras la intensidad del signo: la palabra valiente, la fraternidad feliz, la escucha de la voz débil, la memoria de la casa de Dios entre las personas. Es necesario cultivar «una mirada contemplativa», esto es, una mirada de fe que descubra al Dios que habita en sus hogares, en sus calles, en sus plazas.

Necesitamos, desde ahí, repensar y recrear el sentido de *solidaridad* para responder adecuadamente a los problemas actuales. Y el Papa Francisco nos aclara que la solidaridad es mucho más que algunos actos esporádicos de generosidad. Supone crear una nueva mentalidad que piense en términos de comunidad, de prioridad de la vida de todos sobre la apropiación de los bienes por parte de algunos.

Hay que recordar siempre que el planeta es de toda la humanidad y para toda la humanidad, y que el solo hecho de haber nacido en un lugar con menores recursos o menor desarrollo no justifica que algunas personas vivan con menor dignidad. Hay que repetir que “los más favorecidos deben renunciar a algunos de sus derechos para poner con mayor liberalidad sus bienes al servicio de los demás».

Se ama al prójimo tanto más eficazmente, cuanto más se trabaja por un bien común que responda también a sus necesidades reales. Se trata más bien de un compromiso activo y operante, fruto del amor cristiano a los demás, considerados como hermanos, en favor de un mundo justo y más fraterno.

Cada cristiano y cada comunidad estamos llamados a ser instrumentos de Dios para la liberación y

promoción de los pobres, de manera que puedan integrarse plenamente en la sociedad. Esto nos obliga a cambiar, a salir a las periferias para acompañar a los excluidos, y a desarrollar iniciativas innovadoras que promuevan la vida humana. Quien se empequeñece al margen puede intuir y hacer crecer un mundo más humilde y entrañable. Y queremos hacerlo con la revolución de la ternura como nos desafía el papa Francisco. “Todos los cristianos estamos llamados a cuidar a los más frágiles de la tierra”.

Se nos encomienda el cuidado de la vida, curar las heridas, recuperar la dignidad perdida y esto es posible a través del acompañamiento: se trata de acercarnos al otro, tocar su sufrimiento, compartir su dolor. “Los pobres, los abandonados, los enfermos, los marginados son la carne de Cristo”, expresión repetitiva y constante del Papa Francisco. La cercanía es auténtica cuando nos afectan las penas del otro, cuando su desvalimiento y su congoja remueven nuestras entrañas y sufrimos con él. Ya no se trata sólo de asistir y dar desde fuera, sino de participar en sus problemas y tratar de solucionarlos desde dentro. Por eso, necesitamos que Dios nos toque desde dentro y nos haga capaces de compartir cansancios y dolores, proyectos y esperanzas con la confianza de que no vamos solos, El camina con nosotros y nos hará arder el corazón.

Y porque estamos convencidos de que Dios sigue trabajando en el mundo a favor de la dignidad humana, nos confirmamos en que el apostolado social es un eje que tiene que atravesar todas nuestras acciones y la propia vida. Buscamos “ayudar a que las estructuras de toda la convivencia humana expresen la justicia y la caridad” y ofrecer un servicio evangélico a quienes más sufren. Necesitamos seguir clarificando e impulsando este apostolado; y crecer en una mayor articulación entre los distintos sectores que estructuran nuestro trabajo apostólico. Det. CG XVII, 13. Aquí tenemos un trabajo conjunto por discernir, recrear y realizar, conducidos por el Espíritu de Jesús.

La Iglesia agradece el esfuerzo y la entrega que, en medio de tantas dificultades, están realizando a través de Cáritas, Manos Unidas, Institutos de Vida Consagrada, a favor de los más abandonados. Y comprueba y reconoce con gran satisfacción el inmenso trabajo llevado a cabo por gran número de voluntarios dispersos por el mundo que se suman a la defensa y cuidado de la vida más amenazada. Y las Hijas de Jesús también les expresamos nuestra gratitud por el aporte que desde su vocación específica nos ofrecen en bien de la misión común que realizamos.

Pidámosle a María, la Madre que lleva en su seno la esperanza de toda la humanidad, que el envío hoy recibido sea acogido como don y vivido como una honda experiencia espiritual, nutrida por la vida que allí les espera y al mismo tiempo les conceda ejercer el oficio de la consolación. Y para que esto sea posible, termino con esta anécdota de Anthony de Mello, S.J., en su libro ¿Quién puede hacer que amanezca?, que les puede ayudar a seguir disponiéndose para sacar el mayor provecho. Se titula:

PRESENCIA

¿Dónde debo buscar la iluminación ?

Aquí.

¿Y cuándo tendrá lugar ?

Está teniendo lugar ahora mismo.

¿Entonces, por qué no la siento ?

Porque no miras.

¿Y en qué debo fijarme ?

En nada. Simplemente, mira.

¿Mirar qué ?

Cualquier cosa en la que se posen tus ojos.

¿Y debo mirar de alguna manera especial ?

No. Bastará con que mires normalmente.

¿Pero es que no miro siempre normalmente ?

No.

¿Por qué demonios ?

Porque para mirar tienes que estar aquí
y casi siempre estás en alguna otra parte.